

perfidia para despojar de sus armas á los enemigos. Habiendo los cartagineses pedido en vano la paz, resolvieron sepultarse bajo las ruinas de su ciudad. Los cónsules Marcio y Manlio no tardaron en presentarse á la vista de Cartago; pero antes de formalizar el sitio, celebraron dos ceremonias formidables: la invocación de las divinidades tutelares de esta ciudad, y la entrega de la patria de Aníbal á los dioses infernales:

«Dios ó diosa que proteges el pueblo y la república de Cartago; genio á quien ha sido confiada la defensa de esta ciudad, abandona tu antigua morada, y ven á habitar nuestros templos. ¡Puedan Roma y nuestros sacrificios serte mas aceptos que la ciudad y los sacrificios de los cartagineses!»

«Pasaron luego á la fórmula de la entrega: «Dios Pluton, Júpiter maléfico, dioses Manes, esparcid el terror en la ciudad de Cartago, y arrastrad sus habitantes al infierno. Yo os entrego la cabeza de los enemigos, sus bienes, sus ciudades, sus campos; realizad mis votos, y os inmolaré tres ovejas negras. ¡Tierra, madre de los hombres, y tú, Júpiter, servidme de testigos!»

No obstante, los cónsules fueron vigorosamente rechazados, pues el genio de Aníbal había renacido en la sitiada ciudad. Las mujeres cortaron sus cabellos é hicieron con ellos cuerdas para los arcos y las máquinas bélicas. Escipion, el segundo Africano, servía á la sazón como tribuno en el ejército romano. Algunos viejos que habían visto al primer Escipion en Africa vivían aun, entre otros el célebre Masinisa. Este rey nómada, mas que octogenario, invitó al joven Escipion á su córte; y suponiendo verificada esta entrevista (1), Ciceron compuso el hermoso trozo de su *República*, conocido con el nombre de *Sueño de Escipion*. El célebre orador hace hablar es estos términos al Emilianio, á Lelio, á Filo, á Manlio y á Escévola:

«Me acerqué á Masinisa. El anciano me recibió en sus brazos y me anegó en sus lágrimas; luego alzando al cielo sus ojos, exclamó: «Sol y dioses celestiales, os doy gracias! Recibo antes de morir, en mi reino y en mis hogares al digno heredero del varón virtuoso y del gran capitán que no se borra de mi memoria!»

«Aquella noche, ocupada mi mente con el discurso de Masinisa, soñé que el Africano se presentaba á mis ojos: yo temblaba, poseído de respeto y temor: mas él me tranquilizó y llevándome consigo á lo mas alto del cielo, en un lugar donde resplandecían millones de estrellas, me dijo:

«Baja tus ojos y mira á Cartago; yo la he obligado á someterse al pueblo romano; y en el espacio de dos años tú la destruirás sin dejar piedra sobre piedra, mereciendo por tí mismo el nombre de *Africano*, que solo debes hoy á la herencia que de mí recibiste..... «Para estimularte á la virtud, sabe que hay en el cielo un lugar destinado al hombre justo. Lo que en la tierra se llama la vida, es la muerte. El hombre no existe sino en la mansion eterna de las almas; y á ella solo se llega por medio de la santidad, la religion y la justicia, el respeto á los padres y el amor á la patria. «Sabe, especialmente despreciar las recompensas de los mortales. Desde aquí ves cuan pequeña es esa tierra; cuán escaso lugar ocupan en el globo que apenas divisas, los mas dilatados reinos; cuantos desiertos y mares dividen entre sí á los pueblos. ¿Cual, por consiguiente, sería el blanco de tu ambición? «El nombre de un romano ha salvado alguna vez las cumbres del Cáucaso ó las orillas del Ganges? ¿Cuántos pueblos á Oriente, á Occidente, á Mediodía y al Norte, no oirán en tiempo alguno hablar del Africa-

(1) Escipion había visto anteriormente á Masinisa; pero su última entrevista no tuvo lugar, porque Masinisa había muerto cuando Escipion llegó á su corte.

«no! Y los que de él hablan hoy, ¿cuánto tiempo hablarán, si están cercanos á la muerte? En el completo trastorno de los imperios; en esas grandes revoluciones que el tiempo trae consigo, mi memoria desaparecerá para siempre. ¡Oh hijo mio! no pienses sino en los santuarios divinos, donde oyes esa armonía de las esferas, que ora encanta tus oídos; no aspíres sino á esos templos eternos preparados para las grandes almas y para esos genios sublimes que durante la vida han sabido elevarse á la contemplación de las cosas celestiales.»

Esta noble ficción de un cónsul romano, conocido con el sobrenombre de *Padre de la patria*, no se opone á la gravedad de la historia; que si el destino de esta es conservar los grandes nombres y los pensamientos del genio, estos grandes nombres y pensamientos se encuentran aquí. (2)

Escipion el Emiliano, nombrado cónsul por el favor del pueblo, recibió orden de continuar el sitio de Cartago. En consecuencia sorprendió primero la ciudad baja, llamada *Megara* ó *Magara* (3). Luego intentó cerrar el puerto exterior por medio de una calzada, pero los cartagineses abrieron otra entrada á este puerto, y se presentaron en el mar con gran asombro de los romanos. Fácil les hubiera sido incendiar la flota de Escipion: pero la hora de Cartago había sonado, y la pavora se había apoderado de los consejos de la desventurada ciudad.

Fue esta defendida por cierto Asdrúbal, hombre cruel que acaudillaba treinta mil mercenarios, y que trataba á los ciudadanos con tanto rigor como los enemigos. Habiendo pasado el invierno en las empresas mencionadas, Escipion atacó en la primavera el puerto interior llamado el *Cothon*.

Dueño á poco de las murallas de este puerto, avanzó hasta la plaza mayor de la ciudad. Tres calles desembocaban en esta plaza, y subían en declive hasta la ciudadela, conocida con el nombre de *Byrsa*. Los habitantes se defendieron en las casas de estas calles, y Escipion se vió en la necesidad de situarlas, y tomar una tras otra. Este combate duró seis días con sus noches. Una parte de los soldados romanos forzaba los asilos de los cartagineses, mientras otra se ocupaba en arrastrar por medio de ganchos los cadáveres amontonados en las casas, ó arrojados á las calles. Muchos vivos fueron sepultados en confuso desorden con los muertos.

El séptimo día, unos diputados se presentaron en traje de suplicantes, limitándose á pedir la vida de los ciudadanos refugiados en la ciudadela. Escipion accedió á su petición, esceptuando, no obstante, de esta gracia á los desertores romanos que se habían pasado al bando cartaginés. Cincuenta mil personas, hombres, mujeres, niños y ancianos, salieron de Birsa.

En lo mas culminante de la ciudadela elevábase un templo consagrado á Esculapio, y en él se atrinchero los tráfugas, cuyo número ascendía á novecientos. Asdrúbal que los capitaneaba, tenía á su lado su mujer y sus dos hijos. Esta tropa desesperada esterilizó durante algun tiempo los esfuerzos de los romanos; pero espulsada poco á poco de los atrios del templo, se encerró en este. Entonces Asdrúbal, arrastrado por un cobarde amor á la vida, abandonó en secreto sus compañeros de infortunio, su mujer y sus hijos, y fue á abrazar las rodillas de Escipion, empuñando un ramo de olivo. Escipion lo hizo mostrar al punto á los tráfugas, quienes llenos de furor, incendiaron el templo, fulminando horribles imprecaciones contra Asdrúbal.

Al empezar á propagarse las llamas se dejó ver una mujer, adornada con sus mas hermosos trajes, y te-

(2) Este sueño es una imitación de un pasaje de la *República de Platon*.

(3) Describiré á Cartago al hablar de sus ruinas.

niendo de la mano á dos niños: era la esposa de Asdrúbal. Dirigió sus miradas á los enemigos que rodeaban la ciudadela, y reconociendo á Escipion exclamó: «¡Romano! no pido al cielo que descargue sobre tí su venganza, puesto que no haces otra cosa que seguir las leyes de la guerra; pero, ¡ojalá que, de consuno con las divinidades de mi país, castigues al traidor que vende á su mujer, sus hijos, su patria y sus dioses! ¡Asdrúbal! Sabe que Roma prepara ya el castigo de tu maldad. ¡Indigno caudillo de Cartago! ¡Corre á hacerte atar al carro del vencedor, mientras esta hoguera nos librerá, á mí y á mis hijos, de la torpe esclavitud!»

Dichas estas palabras, degolló á sus hijos, y precipitóse con ellos en las llamas. Todos los tráfugas imitaron su ejemplo.

Así pereció la patria de Dido, Sofonisba y Aníbal. Floro quiere que se juzgue de la magnitud de tal desastre por el incendio, que duró diez y siete días enteros. Escipion lloró sobre la suerte de Cartago. En presencia del incendio que devoraba aquella ciudad poco antes tan floreciente, reflexionó sobre las revoluciones de los imperios, y pronunció estos versos de Homero, aplicándolos á los futuros destinos de Roma: «Un tiempo vendrá en que el mundo verá hundirse las sagradas murallas de Ilión, el helicoso Priamo y todo su pueblo.» Corinto fue destruida el mismo año que Cartago, y un corintio repitió, como Escipion, un pasaje de Homero, á la vista de su patria reducida á cenizas. «¿Qué hombre es ese á quien toda la antigüedad nombra á la caída de los Estados, y al espectáculo de las calamidades de los pueblos, como si nada pudiese ser grande y trágico sin su presencia; como si todos los dolores humanos se hallasen bajo la protección y el imperio del cantor de Ilión y de Héctor?»

No bien fue destruida Cartago, cuando parece que un dios vengador sale de sus ruinas: Roma, perdidas sus costumbres, ve brotar en su seno terribles guerras civiles; y esta corrupción y estas discordias empiezan en las playas púnicas. Escipion, el destructor de Cartago, murió asesinado poco despues por sus parientes; los hijos de aquel Masinisa, que liciera triunfar á los romanos, se degüellan sobre la tumba de Sofonisba; y los despojos de Sifax sirvieron á Yugurta para pervertir y vencer á los descendientes de Régulo. ¡Oh ciudad venal! exclamó el príncipe africano, al salir del Capitolio; ¡oh ciudad madura para tu ruina, si encuentras un comprador!» En breve hizo Yugurta pasar un ejército romano bajo el yugo casi á la vista de Cartago, y renovó esta vergonzosa ceremonia, como para regocijar los manes de Aníbal; pero cayó al fin en poder de Mario, y perdió la razon en medio de su pompa triunfal. Los lictores le desnudaron, le arrancaron sus pendientes, y le arrojaron á un foso, donde aquel rey justificó lo que de la codicia de los romanos había dicho.

Empero la victoria alcanzada sobre el descendiente de Masinisa, hizo nacer entre Sila y Mario la rivalidad que cubrió á Roma de luto. Obligado á huir de su competidor, Mario corrió á buscar un asilo entre los sepulcros de Hannón y de Amílcar; pero un esclavo de Sextilio, prefecto de Africa, llevó á Mario el orden de abandonar los mudos restos que le servían de refugio: «Vé á decir á tu amo, respondió el terrible cónsul, que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago.»

«Mario y Cartago, dicen un historiador y un poeta, se consolaban mutuamente de su suerte; y derribados el uno y la otra, perdonaban á los dioses.»

Finalmente, la libertad de Roma espira á los pies de Cartago destruida y encadenada. La venganza es completa: un Escipion sucumbe en Africa bajo los golpes de César; y su cadáver es juguete de las mismas olas que llevaron las vencedoras naves de sus abuelos.

Pero Catón vive todavía en Útica, y Roma y la liber-

tad permanecen en pié en su persona. César se aproxima y Catón, que juzga que los dioses de la patria se han retirado, pide su espada, que un niño le entrega; Catón la desenvaina, y tocando su punta, exclama: «¡Soy señor de mí mismo!» Esto dicho se reclina en su lecho, lee dos veces el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y entrégase al sueño. El canto de los pajarillos le despierta al despuntar el día: pensando entonces que había llegado el tiempo de cambiar una vida libre en otra inmortal, aplícase una estocada al vientre, y cayendo de su lecho se debate contra la muerte. Todos acuden y vendan su herida; pero reco-brándose de su parasismo, rasga los vendages y arranca sus entrañas, prefiriendo noblemente morir por una causa santa que vivir bajo el yugo de un gran hombre.

Cumplido el destino de Roma republicana, y habiendo cambiado los hombres y las leyes, la suerte de Cartago sufrió un cambio igual. Ya Tiberio Graco había establecido una colonia en el desierto recinto de la ciudad de Dido; pero esta colonia no prosperó, á lo que parece, puesto que Mario no halló en Cartago sino cabañas y ruinas. Hallándose en Africa, Julio César tuvo un sueño, en el cual creyó ver á un numeroso ejército que le llamaba con lágrimas. Desde entonces concibió el proyecto de reconstruir á Corinto y á Cartago, cuyos ejércitos le había al parecer, reproducido el ensueño. Augusto, que esperimentó todos los furros de una revolucion sangrienta, y que supo reparar los todos, cumplió el proyecto de César. Cartago salió de sus ruinas, y Estrabón asegura que en su tiempo estaba ya floreciente. Llegó luego á ser la metrópoli de Africa, y se hizo célebre por su cultura y sus escuelas, viendo nacer alternativamente grandes y felices genios. Tertuliano le dirigió su *Apologético* contra los gentiles. Pero, siempre cruel en su religion, Cartago persiguió á los cristianos inocentes, como había quemado en otro tiempo niños en honor de Saturno, y entregó al martirio al ilustre Cipriano, que hacia refulger la elocuencia latina. Arnobio y Lactancio se distinguieron en Cartago, mereciendo el segundo el sobrenombre de *Ciceron cristiano*.

Sesenta años despues, San Agustín adquirió en la capital de Africa aquella pasión por los placeres, que, á imitación del Rey-Profeta lloró el resto de su vida. Su lozana imaginación, embelesada con las ficciones de los poetas, se complacía en buscar las ruinas del palacio de Dido. Los desengaños que la edad trae consigo, y el hondo vacío que dejan los placeres, inspiraron mas graves pensamientos al hijo de Mónica; San Ambrosio dió cima á la victoria, y Agustín, ya obispo de Hipona, fue un modelo de virtud. Su casa parecia una especie de monasterio, donde nada era afectado ni en pobreza ni en riquezas. Modestamente vestido pero con limpieza y decoro, el venerable prelado desechaba los trajes fastuosos, que no se adaptaban, segun decia, ni á sus achaques ni á su ancianidad. Ninguna mujer entraba á visitarle, ni aun su hermana, viuda y sierva de Dios. Los viajeros hallaban en su mesa una liberal hospitalidad, al paso que él se alimentaba de frutas y legumbres. Su principal ocupación consistía en la asistencia de los pobres y en la predicación de la palabra de Dios, viéndose sorprendido en el ejercicio de sus deberes por los vándalos, que sitiaron á Hipona el año 431 de nuestra era, y cambiaron la faz del Africa.

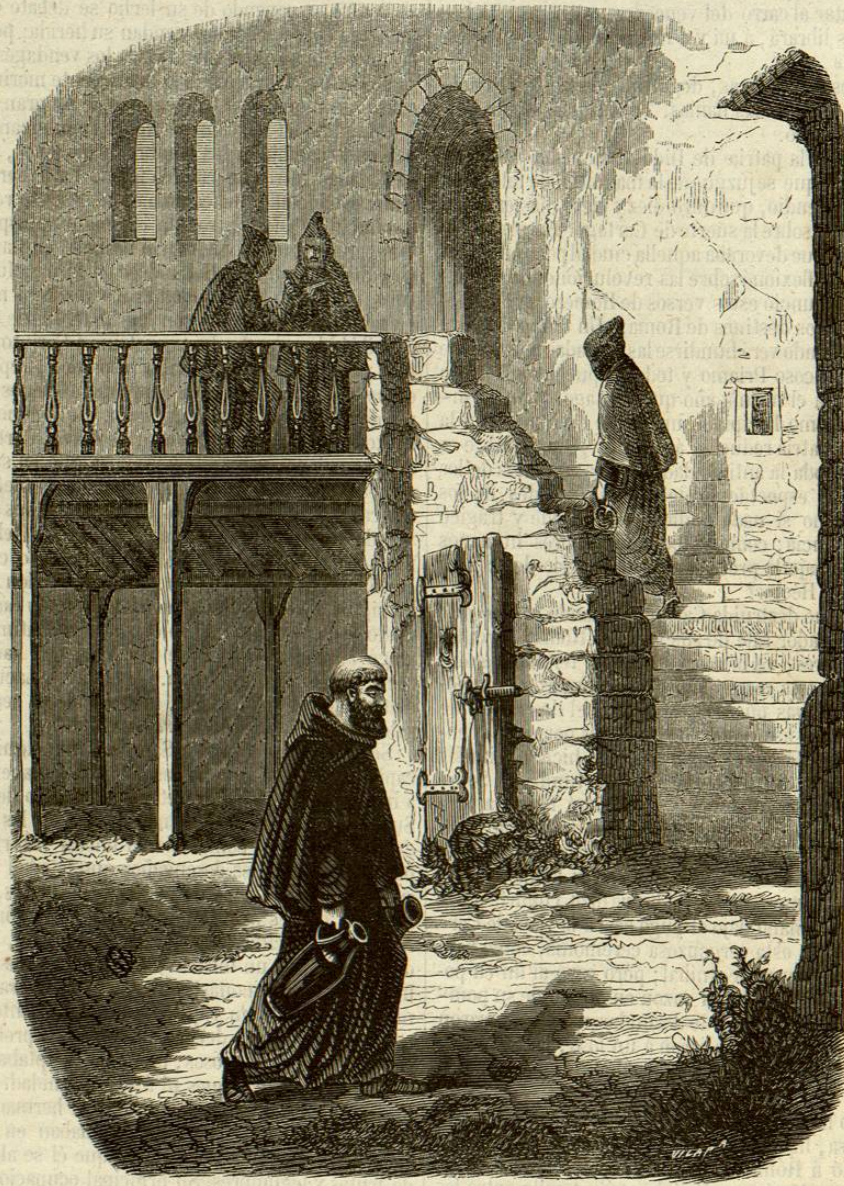
Los bárbaros habían invadido ya las grandes provincias del imperio; la misma Roma había sido saqueada por Alarico. Los vándalos, impelidos por los visigodos, ó llamados por el conde Bonifacio, pasaron al fin de España á Africa. Eran, en opinion de Procopio, de la raza de los godos, y unían á su nativa ferocidad el fanatismo religioso. Convertidos al Cristianismo, pero arrianos de secta, persiguieron á los católicos con desusada saña. Su crueldad no tuvo ejemplo, pues cuando eran rechazados de los muros de una ciudad, da-



ban muerte á sus prisioneros en derredor de ella. Dejando los cadáveres espuestos al sol, encargaban, por decirlo así, al viento el cuidado de llevar la peste á los lugares donde su furor no habia podido saciarse. El Africa se llenó de espanto al ver aquella raza de hombres, gigantes medio desnudos, que convertian los pueblos vencidos en una especie de acémilas, los

conducian cual rebaños, y los degollaban cuando se cansaban de ellos.

Genserico estableció en Cartago la capital de su imperio; y en verdad era digno de acaudillar los bárbaros que Dios le habia sometido. Era un príncipe sombrío, sujeto á accesos de la mas negra melancolia, y que parecia grande en el naufragio universal del mundo ci-



CONVENTO DE LOS PADRES LATINOS EN JERUSALÉM.

vilizado, porque estaba encaramado sobre sus ruinas.

Aunque abrumada de calamidades, la ciudad de Dido debía gozar del placer de una postrera venganza. Genserico atravesó el mar y se apoderó de Roma, que entregó á la rapacidad de sus soldados por espacio de catorce dias con sus noches. Reembarcóse luego; y la flota de este nuevo Anibal llevó á Cartago los despojos de Roma, bien así como la flota de Escipion habia llevado á Roma los despojos de Cartago. Todas las naves de Genserico, dice Procopio, llegaron felizmente

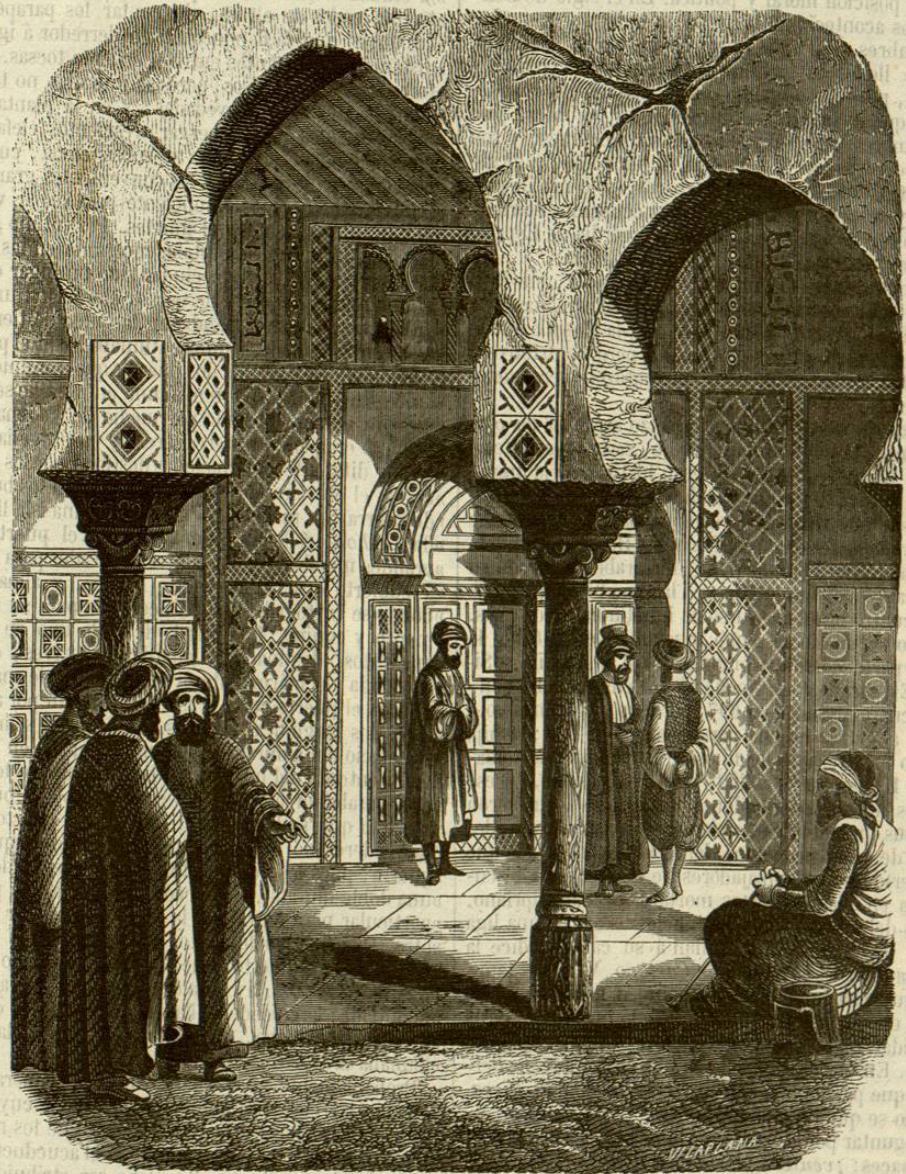
á Africa, escepto la que conducia los dioses. Sólidamente establecido en su nuevo imperio, Genserico salia de él todos los años para saquear la Italia, la Sicilia, la Iliria y la Grecia. Los ciegos conquistadores de aquella época sentian en su interior que nada podian por sí mismos, y que no eran sino los pasivos instrumentos de un decreto providencial. De aquí procedian los nombres que se daban de *Azote de Dios*, de *Destructor de la especie humana*; de aquí nacia aquel frenético prurito de destruccion de que se sentian atormentados, y

aquella insaciable sed de sangre; de aquí aquella extraña combinacion de todas las cosas para su triunfo: las bajezas, la cobardía, la falta de virtudes, de talentos, de genio: estaba escrito que nada suscitate obstáculos al cumplimiento de los decretos del cielo. La flota de Genserico estaba próxima á darse á la vela, y sus soldados se hallaban á bordo: ¿A dónde se dirigia? Lo ignoraba. »Príncipe! le preguntó el piloto, ¿qué pueblos vas á atacar?—Los que Dios mira ahora en su cólera,» respondió el bárbaro.

Genserico murió treinta y nueve años despues de haber tomado á Cartago, única ciudad de Africa cuyos muros no destruyó. Tuvo por sucesor á Honórico, uno de sus hijos.

Despues de un reinado de ocho años, Honórico fue reemplazado en el trono por su primo Gondamundo, que empuñó el cetro trece años, y dejó la corona á su hermano Trasamundo.

El reinado de este fue en totalidad de veinte y siete años. Ilderico, hijo de Honórico y nieto de Genserico,



ENTRADA DE LA GRAN MEZQUITA.

heredó el reino de Cartago. Gelimero, pariente de Ilderico, conspiró contra él y lo encarceló. El emperador Justiniano tomó la defensa del monarca destronado, y Belisario pasó á Africa. Gelimero no opuso resistencia, por lo cual el general romano entró vencedor en Cartago, y se dirigió al palacio donde, por un capricho de la fortuna, comió los manjares que habian sido

preparados para Gelimero, y que le fueron servidos por los oficiales de este príncipe. Nada habia cambiado en la corte, escepto el rey; lo que significa muy poco cuando se ha dejado de ser feliz.

Por lo demás, Belisario era digno de sus victorias, pues era uno de esos hombres que se muestran á largos plazos en los dias en que triunfa el vicio, para



oponerse al derecho de proscripción fulminado contra la virtud. Por desgracia, esas almas superiores que brillan en medio de la bajeza, no producen revolución alguna, porque no están enlazadas con los negocios humanos de su tiempo; que estrañas y aisladas en el presente, no pueden ejercer influencia alguna en el porvenir. El mundo rueda sobre ellos sin arrastrarlas en su curso; mas tampoco pueden detener al mundo. Para que las almas de elevado temple sean útiles á la sociedad, es preciso que nazcan en un pueblo que conserve el amor al orden, á la religión y á las costumbres, y cuyo genio y carácter se hallen en consonancia con su posición moral y política. En el siglo de Belisario los acontecimientos eran grandes, y pequeños los hombres. Por esta causa los anales de ese siglo, aunque llenos de terribles catástrofes, nos irritan y cansan, pues no buscamos en la historia las revoluciones que avasallan y abruman á los hombres, sino los hombres que subyugan las revoluciones, y son mas poderosos que la fortuna. El universo, radicalmente trastornado por los bárbaros, solo nos inspira horror y desprecio, al paso que nos ocupamos eterna y justamente de una insignificante discordia de Esparta y Atenas, en un oscuro rincón de la Grecia.

Gelimer, prisionero en Constantinopla, sirvió al triunfo de Belisario. Poco despues este monarca se hizo labrador. En igualdad de casos, la filosofía puede consolar á un hombre adocenado; pero contribuye á aumentar las amarguras de un corazón verdaderamente régio.

Sabido es que Justiniano no hizo arrancar los ojos á Belisario, lo que despues de todo, sería un acontecimiento harto pequeño en la gran historia de la ingratitud humana. Por lo que atañe á Cartago, esta vió salir de sus murallas á un príncipe para ir á sentarse en el trono de los Césares; fue aquel Heraclio que destronó al tirano Focas. En 647 los árabes hicieron su primera expedición á África, la que fue seguida de otras cuatro en el trascurso de igual número de años. Cartago sucumbió al yugo musulmán en 696, y la mayor parte de sus habitantes huyó á España y Sicilia. El patricio Juan, general del emperador Leoncio, ocupó la ciudad en 697; pero los sarracenos volvieron á entrar en ella para siempre en 698; la hija de Tiro fue presa de los hijos de Ismael, siendo tomada por Hassan, en el califato de Abd-el Melike. Dicese que los nuevos dominadores de Cartago destruyeron hasta sus cimientos. Sin embargo, existían aun grandes ruinas de ella á principios del siglo noveno, dado que sea cierto que los embajadores de Carlomagno descubrieron en ellas los restos mortales de San Cipriano. A fines del mismo siglo, los infieles formaron una liga contra los cristianos, y tenían á su cabeza, dice la historia, á los *Sarracenos de Cartago*. Veremos tambien que San Luis halló una ciudad naciente en las ruinas de esta antigua ciudad. Sea lo que fuere, en la actualidad no presenta sino los restos de que vamos á hablar. En el país se la conoce con el nombre de *Bersach*, que parece una corrupción de la palabra *Birsa*. Cuando se quiere ir desde Túnez á Cartago, es preciso preguntar por la torre de Almenara, ó la torre de Mastinaces: ¡ventoso gloria curru!

Es bastante difícil comprender bien, segun la descripción de los historiadores, el plano de la antigua Cartago. Polibio y Tito-Livio habian hablado sin duda muy someramente del sitio de esta ciudad, pero no poseyendo ya sus narraciones, nos vemos precisados á recurrir á los abreviadores latinos, como Floro y Velejo Patérculo, que no se detienen en detallar los lugares. Los geógrafos posteriores no conocieron sino la Cartago romana. La autoridad mas completa en este particular es la del griego Apiano, que florecia cerca de tres siglos despues de los hechos, y cuyo estilo declamatorio carece de exactitud y claridad. Rollin, que lo sigue, mezclando acaso inoportunamente la auto-

ridad de Estrabon, me evitará el trabajo de una traducción. Oigámosle:

«Estaba situada en el fondo de un golfo, rodeada de mar, en forma de península, cuyo cuello, esto es, el istmo que la unia con el continente, era de una legua y cuarto (veinte y cinco estadios). Hacia el Occidente salía una larga punta de tierra, de cerca de doce toesas de ancho (medio estadio), que interponiéndose en el mar la separaba de la laguna, y estaba rodeada por todas partes de peñascos y de una simple muralla. Por la parte del Mediodía y del continente, donde descollaba la ciudadela llamada *Birsa*, la ciudad estaba cercada por una triple muralla, de treinta codos de altura, sin contar los parapetos y las torres que la flanqueaban en derredor á iguales distancias, y distantes entre sí ochenta toesas. Cada torre tenia cuatro pisos, pero las murallas no tenían sino dos; estaban abovedadas, y en la planta baja habia establos para albergar trescientos elefantes, con todo lo necesario para su subsistencia, cuadras para cuatro mil caballos y los convenientes graneros. Habia tambien espacio suficiente para alojar veinte mil infantes y cuatro mil ginetes. Por último, todo este aparato de guerra estaba encerrado en las solas murallas. No habia en la ciudad sino un lugar cuyos muros fuesen débiles y de escasa elevación: un ángulo olvidado que empezaba en la punta de tierra de que hemos hablado, y que continuaba hasta el puerto situado al ocaso. Habia dos puertos que comunicaban entre sí, pero que solo tenían una entrada de setenta pies de ancho, cerrada por medio de cadenas: el primero era para los mercaderes, y en él habia muchas y diferentes habitaciones destinadas á los marinos; el otro era el puerto interior, para los buques de guerra, en medio del cual se veia una isla llamada *Cothon*, rodeada, como tambien el puerto, de grandes muelles con aposentos separados para poner á cubierto doscientos veinte bajeles, y almacenes donde se custodiaba todo lo necesario para su armamento y equipo. La entrada de cada uno de estos aposentos, destinados á guardar las naves, estaba adornada de mármol de orden jónico, de manera, que así el puerto como la isla presentaban por ambos lados dos magníficas galerías. En esta isla se hallaba el palacio del almirante; y como se hallaba en frente de la entrada del puerto, podia descubrirse todo lo que pasaba en el mar, sin que desde este pudiese verse lo que se hacia en el interior del puerto. Los mercaderes no tenían vista alguna á los buques de guerra, pues los dos puertos estaban separados por una doble muralla, y en cada uno habia una puerta particular para entrar en la ciudad sin pasar por el otro. Pueden, por lo tanto, distinguirse tres partes en Cartago: el puerto, que era doble, llamado algunas veces *Cothon*, á causa de la pequeña isla así denominada; la ciudadela, llamada *Birsa*, y la ciudad propiamente dicha, que rodeaba la ciudadela y se llamaba *Megara*.»

Probablemente no quedaron de esta primera ciudad sino las cisternas públicas y privadas, cuya sorprendente hermosura da una gran idea de los monumentos cartagineses; pero ignoro si el acueducto que conducía el agua hasta ellas debe ser atribuido á la segunda Cartago. Me fundo, para creer en la completa destrucción de la ciudad de Dido, en este pasaje de Floro:

«Quanta urbs deleta sit, ut de cæteris taceam, vel ignium mora probari potest. Quippe per continuos XVII dies vix potuit incendium extinguui, quod domibus ac templis suis sponte hostes immiserant; ut quatenus urbs eripi Romanis non poterat, triumphus arderet.»

Apiano añade que lo que se libertó de las llamas fue demolido por mandato del Senado romano. Ro-

«ma, dice Velejo Patérculo, ya señora del mundo, no se juzgaba segura mientras subsistiese el nombre de Cartago: «Si nomen usquam maneret Carthaginiis.»

Estrabon, en su descripción concisa y clara, mezcla evidentemente diferentes partes de la antigua y la nueva ciudad, diciendo:

«Cartago rodeada por todas partes de murallas, ocupa una península de trescientos estadios de circunferencia, que ha unido á la tierra firme por medio de un istmo de sesenta estadios de ancho. En medio de la ciudad se elevaba una colina sobre la cual estaba construida una ciudadela llamada *Birsa*, y en su remate se veia un templo consagrado á Esculapio; la pendiente de la colina estaba cubierta de casas. Los puertos están al pié de Birsa, como asimismo la pequeña isla redonda llamada *Cothon*, en cuyo derredor las naves forman un círculo.»

Por lo que respecta á la palabra *Karchédon* del original, observo con algunos autores que, segun Samuel Bochart, el nombre fenicio de Cartago era *Cartha-Hadath* ó *Cartha-Hadtha*, esto es, la nueva ciudad. Los griegos hicieron de esta palabra *Karchédon*, y los romanos *Cartago*. Los nombres de las tres partes de la ciudad estaban tambien tomados del fenicio: *Magara* de *magar*, almacén; *Birsa* de *borsa*, fortaleza; y *Cothon* de *ratoun*, cortadura, porque no está bien averiguado que el *Cothon* fuese una isla.

Segun Estrabon, no sabemos de Cartago sino que habia llegado á ser una de las mas vastas y hermosas ciudades del mundo. Plinio, no obstante, se limita á decir: *Colonia Carthago, magna in vestigiis Carthaginiis*. Pomponio Mela, antes de Plinio, no se muestra mucho mas favorable: *Jam quidem iterum opulenta, etiam nunc tamen priorum excidio rerum, quam ope presentium clarior*; pero Solin dice: *Alterum post urbem Romam terrarum decus*. Otros autores la apellidan la *Grande* y la *Feliz*: *Cartago magna, felicitate reverenda*.

La nueva Cartago sufrió un incendio bajo el reinado de Marco-Aurelio, pues vemos á este príncipe ocupado en reparar los desastres de la colonia.

Cómo, que estacionó una flota en Cartago, destinada á conducir á Roma los cereales del África, quiso mudar el nombre de Cartago en el de *Ciudad Commodiana*. Pero esta vaciedad del indigno hijo de un gran hombre, cayó en breve en justo olvido.

Los dos Gordios, que habian sido proclamados emperadores en África, hicieron de Cartago la capital del mundo durante su efímero reinado; parece, no obstante, que los cartagineses se manifestaron poco agradecidos, porque, segun Capitolino, se sublevaron contra los Gordios en favor de Capelio; y Zosimo añade que reconocieron por su señor á Sabiniano, mientras el joven Gordio sucedía en Roma á Balbino y á Máximo. Aun cuando creyésemos, segun Zonaro, que Cartago fue favorable á los Gordios, estos emperadores no hubieran tenido tiempo bastante para hermosear mucho esta ciudad.

Muchas inscripciones traducidas por el sabio doctor Shaw prueban que Adriano, Aureliano y Séptimo Severo, erigieron monumentos en diferentes ciudades del Bizacio; y no es de suponer que despreciaran la capital de tan rica provincia.

El tirano Majencio llevó el fuego y el hierro á África, y triunfó de Cartago como de la antigua enemiga de Roma. No es posible ver sin estremecerse esa larga serie de insensatos que han gobernado el mundo, casi sin interrupción, desde Tiberio hasta Constantino, y que despues de este príncipe, van á unirse á los monstruos de la Bizantina. Los pueblos no valen mas que los reyes; parece que existía entre las naciones y los soberanos un espantoso convenio: estos, para atreverse á todo, aquellas, para sufrirlo todo.

Así, lo que sabemos de los monumentos de Car-

tago en los siglos que acabamos de recorrer, se reduce á muy poco, pues solo vemos por los escritos de Tertuliano, San Cipriano, Lactancio y San Agustín; por los cánones de los concilios de Cartago, y por las *Actas de los Mártires*, que en Cartago habia anfiteatros, teatros, baños y pórticos. La ciudad nunca estuvo bien fortificada; puesto que Gordio el Mayor no pudo defenderla; y mucho despues Genserico y Belisario entraron en ella sin dificultad.

Poseo muchas monedas de reyes vándalos, que prueban que las artes estaban enteramente perdidas en el reinado de estos monarcas; no es probable, pues, que Cartago debiese belleza alguna á sus nuevos dominadores. Lejos de ser así, sabemos que Genserico demolió las iglesias y los teatros, y que todos los monumentos paganos fueron destruidos por su mandato: citanse entre otros, el templo de Minerva y la calle consagrada á la diosa Celeste, adornada de soberbios edificios.

Justiniano, despues de haber arrancado á Cartago del poder de los vándalos, hizo construir pórticos, termas, iglesias y monasterios, como se ve en el libro intitulado *De los Edificios*, de Procopio. Este historiador habla tambien de una iglesia fundada por los cartagineses á orillas del mar, en honor de San Cipriano. Hé aqui lo que he podido recoger en lo tocante á los monumentos de una ciudad que tan alto puesto ocupa en la historia; hablemos ahora de sus ruinas.

Habiendo llegado á Túnez el bajel en que habia zarpado de Alejandria, anclamos en frente de las ruinas de Cartago, que yo miraba sin poder adivinar lo que eran; descubria algunas cabañas moriscas, una ermita musulmana en la estremidad de un cabo muy saliente, y algunas ovejas que pacían entre unas ruinas, tan poco marcadas que apenas las distinguia del suelo: ¡aquellas ruinas eran Cartago!

Devictæ Carthaginiis arces  
Procubere; jacent infausto in litto e turres  
Everse. Quantum illa metus, quantum illa laborum  
Urbs dedit insultans Latio et Laurentibus arvis!  
Nunc passim, vix reliquias, vix nomina servans,  
Obruitur, propriis non agnoscenda ruinis.

«Los muros de Cartago vencida y sus torres derribadas yacen diseminadas en la funesta orilla. ¿Cuánto temor inspiró en otro tiempo esta ciudad á Roma! ¡Cuántos esfuerzos le costó, cuando insultaba al Lacio y á los campos de Laurento! Ahora apenas se descubren sus restos; apenas conserva su nombre, y no puede ser reconocida por sus propias ruinas.»

Para no perderse en ellas, es forzoso seguir una marcha metódica. Supongo, pues, que el lector sale conmigo del fuerte de la Góleta, el cual como es sabido y he dicho, está situado en el canal por donde el lago de Túnez se une al mar. Cabalgando á lo largo de la playa, en la dirección Este-Nordeste, se hallan, despues de media hora de camino, unas salinas que suben hácia el Oeste, hasta un lienzo de muralla bastante inmediato á las grandes cisternas. Pasando entre las salinas y el mar, empiezas á descubrir unos diques que se internan á bastante distancia en las olas. El mar y los diques quedan á la derecha; y á la izquierda se descubren muchas ruinas sobre unas eminencias desiguales; al pié de estas ruinas hay un estanque circular, bastante profundo, que comunicaba antiguamente con el mar, por medio de un canal cuyas señales se ven todavia. Este estanque debe ser, en mi opinion, el *Cothon*, ó puerto interior de Cartago. Los restos de los inmensos trabajos que se descubren en el mar indicarian en este caso el muelle exterior. Páreceme tambien que se pueden descubrir algunos indicios de la calzada que Escipion hizo construir á fin de obstruir el puerto. He advertido tam-